

POR LA AUTORA DE *LOS AMANTES DE PRAGA*

ALYSON
RICHMAN
SHAUNNA J. EDWARDS

A close-up photograph of two hands, one dark-skinned and one light-skinned, holding a thin red thread. The hands are positioned in the center of the cover, with the fingers gently grasping the thread. The background is a textured, light brown surface.

Las
recolectoras
de hilos

INCLUSO LAS REDES MÁS DELICADAS
SON CAPACES DE SALVARNOS

 Planeta

ALYSON RICHMAN
Y SHAUNNA J. EDWARDS

LAS RECOLECTORAS DE HILOS

1

Nueva Orleans, Luisiana

Marzo de 1863

Stella abre la puerta de la cabaña criolla lo suficiente para asegurarse de que en verdad es él. Afuera, la luna brilla en lo más alto del cielo e ilumina la mitad del rostro de William. Ella lo toma del abrigo y lo lleva hacia adentro.

Está vestido para huir. Trae puesta su ropa buena, pero ha elegido el atuendo con cuidado para que los colores se mezclen con la naturaleza que rodea la ciudad. En sus manos tiene una bolsa de tela marrón. Durante sus encuentros secretos, sólo se han atrevido a susurrar sobre el anhelo de alistarse. De huir. La ciudad de Nueva Orleans se encuentra al borde del caos, apenas contenido por las fuerzas de la Unión que han tomado las calles. Muchas de las casas han sido abandonadas y varios de los negocios tienen tablas sobre las ventanas. El dueño de Stella regresa del frente de guerra cada seis semanas y, con cada visita, su cansancio, amargura y resentimiento se acrecientan.

William deja la bolsa en el suelo para abrazar a Stella contra su pecho, siente que el corazón se le acelera. Con un dedo recorre el contorno de su cara, intentando memorizarla una última vez.

—Quédate aquí, pase lo que pase —le susurra al oído—. Tienes que mantenerte a salvo. Para una mujer como tú, es mejor quedarse escondida y no aventurarse allá afuera.

Sus ojos brillan en la sombra, pero ella echa la cabeza hacia atrás y no deja que las lágrimas caigan, un arte que le enseñaron hace mucho tiempo cuando aprendió que la supervivencia, y no la felicidad, era lo que verdaderamente importaba.

Stella se aleja de William por un momento y se mueve en silencio hacia un pequeño estante de madera. Toma del cajón superior un delicado pañuelo bordado con una sola violeta en el centro. Hay escasez de materiales en la ciudad, por lo que tuvo que usar el hilo azul del dobladillo de su falda para bordar la pequeña flor en la vastedad del algodón blanco que recortó de su enagua.

—Para que recuerdes que nunca estarás solo —le dice mientras cierra los dedos de William sobre el pañuelo.

Él también le ha traído algo. De una bolsita color índigo marcada por el uso, saca una concha de cauri, pequeña y moteada. La concha y la bolsa son sus posesiones más sagradas. Se guarda la bolsa, ahora vacía, en su bolsillo.

—Voy a regresar por esto, Stella. —William sonríe al ver el talismán en las manos de su amada—. Y por ti también... Todo va a ser diferente pronto.

Stella asiente, toma la concha y percibe los suaves contornos sobre su palma. Hubo un tiempo en que los cauríes eran una moneda entre su gente, intercambiaban caracolas ensartadas en hilo por mercancías valiosas. Ahora, este cauri es desechable e invaluable, pues se intercambia entre los amantes como un símbolo de protección.

No hay relojes en su pequeña casa. William tampoco lleva puesto uno. Aun así, ambos saben que ya se han demorado demasiado. Debe partir antes de que el sol siquiera anuncie su salida, incluso así su viaje estará repleto de peligro.

—Ve, William —le dice, apurándolo hacia la puerta. El corazón se le rompe, pues sabe que la única protección que puede ofrecerle es un simple pañuelo. Su amor bordado a mano.

Se va con el mismo sigilo con el que llegó, como un suspiro en la noche. Stella regresa a la sombra de la cabaña. Camina en silencio hacia su habitación, deseando envolverse en la cobija que tanta paz le trae.

—¿Estás bien? —Una voz callada emerge de la oscuridad.

—¿Ammanee? —La voz de Stella se quiebra al decir su nombre.

—Sí, aquí estoy. —Ammanee entra a la habitación sosteniendo una pequeña vela que ilumina su rostro.

A la luz áurea, se sienta en la cama y toma la mano en la que Stella sujeta la diminuta caracola que deja una marca en su palma.

—Willie es fuerte —le repite Ammanee una y otra vez—. Lo va a lograr. Lo sé.

Stella no responde. Siente una punzada de dolor en su interior y, finalmente, deja que sus lágrimas corran.

2

Campamento Parapet Jefferson, Luisiana

Los dieciséis kilómetros de Nueva Orleans al campamento militar, ubicado entre el lago Pontchartrain y el río, fueron largos y traicioneros. William evitó los caminos y senderos a toda costa, fueran ya de terracería o estuvieran pavimentados. No sabía en qué momento su amo descubriría que había huido, pero estaba al tanto de los cazadores de esclavos que acampaban a las afueras de la ciudad.

Cualquier hombre que fuera capturado sufriría graves consecuencias. Azotes que desgarraban la piel de la espalda. Fierros ardientes con el diseño de una flor de lis, cuya marca designaba al portador como no confiable. Y para aquellos con dueños particularmente despiadados —y con esclavos de sobra—, el castigo era ser empapado en queroseno y quemado. Las llamas y los gritos servían como recordatorio para el resto de los esclavos en la plantación: intentar escapar no valía la pena.

Tomó la ruta que Stella le había sugerido, primero, a través de los pantanos; luego, rodeando los *bayous*. Atravesó ciénagas y humedales antes de llegar a terreno más elevado. Las raíces anudadas de los cipreses calvos y los tupelos acuáticos se escondían bajo la superficie turbia del agua en las cañadas, haciendo que William tropezara incontables veces.

Casi lo habían descubierto tres veces desde que dejó la baña de Stella, pero siguió corriendo. La voz de ella en su cabeza lo llamaba a moverse. El espíritu de su madre también lo alentaba a seguir, cada paso hacia la libertad era una afrenta contra aquéllos que le habían robado su canción. Una hora antes de que amaneciera, el sonido de perros ladrando a su alrededor lo estremeció. Se arrojó al agua maloliente esperando despistar a los sabuesos y permaneció ahí, temblando, hasta que finalmente la brigada se alejó.

Llegó al campamento de reclutas con el alba y encontró una fila de cientos de hombres, todos listos para unirse a la causa de la Unión. Algunos habían viajado durante días, escondidos en callejones o arriesgándose por campos abiertos, lo que implicaba un peligro mayor. Al igual que William, todos habían tenido que burlar mercenarios cuya única misión era darles una golpiza, encadenarlos y llevarlos de regreso con sus dueños, quienes siempre ofrecían una recompensa generosa.

Frente a William había un hombre descalzo, los bordes de su pantalón no eran más que tela rasgada. Con los dedos apretados a los costados, caminó despacio hacia la carpa médica, dejando un rastro de sangre con cada paso. La tierra, seca y sedienta de humedad, se bebía las huellas del hombre casi de inmediato, sólo para ser reemplazada por otra.

—¡El que sigue! —En la entrada a la carpa, un soldado de la Unión le indicó a otro hombre que pasara.

William bajó la mirada a sus propios pies. Sus zapatos de cuero de becerro, empapados y manchados por el sudor, no eran los típicos zapatos de un contrabandista huyendo de la esclavitud. Sus pantalones de sarga estaban rasgados de un lado. Su chaqueta de lana se había abierto en el codo y, en algún lugar entre Nueva Orleans y el condado Jefferson, había perdido su sombrero. A pesar de su viaje lancinante, sus zapatos, por algún milagro, estaban intactos.

Dentro de su chaqueta, en el bolsillo de su chaleco, encontró el pañuelo que Stella había bordado. Con sus dedos, rozó en secreto la pequeña flor azul que ella había cosido con esmero. Incluso ahora, rodeado por el olor a muerte y podredumbre, el zumbir de las moscas y un hambre intensa, el recuerdo de Stella lo acompañaba. Se llevó el pañuelo a su nariz y respiró profundo, buscando con desesperación los últimos indicios de su aroma. William sabía que la respiración no siempre venía de los pulmones, sino que también podía nacer del corazón y de la mente, dándole vida al cuerpo cuando más la necesitaba.

En una esquina de la carpa, en la que le pidieron a William que se desvistiera, Jacob Kling estaba sentado tras una gruesa carpeta de registro. Sus rizos oscuros se asomaban por debajo de su gorra militar y su dedo índice estaba manchado de tinta mientras registraba las observaciones clínicas del médico general sobre el recluta anterior: «Veintidós años. Negro. Un metro setenta y cinco. Peso, ochenta kilos. A pesar de una herida superficial en el pie izquierdo, tiene un espíritu determinado y sólido. Calificado para servicio militar».

El doctor había sido cuidadoso con sus palabras cuando Jacob llegó por primera vez a la tienda para asistirlo en la toma de notas.

—Es una situación lamentable. No podemos aceptar a cualquier hombre que quiera unirse, sin importar la distancia que haya recorrido para llegar hasta aquí —le explicaba mientras abría su maletín de cuero negro para sacar sus instrumentos y organizarlos sobre la mesa—. El ejército me ha pedido que separe a los fuertes de los débiles. Renuncié a preguntarme si un hombre es fugitivo o no —comentó el doctor, haciendo hincapié en lo inútil que era separar a los que habían sido emancipados hace poco de los que habían huido de la esclavitud—. Recuerde, estos hombres no blandirán mosquetes, llevarán palas, picos y azadones. Sólo podemos recibir a quienes carezcan de defectos corporales y cuenten con el sentido común necesario para seguir órdenes. —Se aclaró la gar-

ganta y acarició su barba color ceniza—. En otras palabras, soldado Kling, mi trabajo no es complicado: no se trata de escoger a quienes sean buenos en todos los sentidos, sino de rechazar a quien sin lugar a duda carezca de aptitud.

El médico siempre comenzaba su exploración con la cabeza de los candidatos, sus oídos y ojos, para luego inspeccionar sus dientes, cuello y pecho. También revisaba minuciosamente las manos y pies. Más temprano durante esa mañana, tanto el doctor como Jacob se estremecieron cuando un hombre joven se quitó la camisa y reveló una capa de tejido cicatricial que cubría su espalda. El hombre intentó levantar sus brazos por encima de la cabeza, pero las dolorosas cicatrices limitaban su movilidad. Sólo pudo alzar los brazos hasta la mitad, sus manos apenas alcanzaron el nivel de sus oídos.

Ahora, mientras William entraba a la carpa, el doctor se ajustaba las gafas. Miró a William, sus zapatos, la ropa que había sido elegante alguna vez.

—No se quede ahí esperando... Desvéstase para que pueda examinarlo.

William dejó su saco en el suelo, se quitó la chaqueta y comenzó a desabotonar su chaleco y camisa. Él sabía que era más delgado que la mayoría de los hombres haciendo fila. Como nunca había trabajado en el campo, su cuerpo no había desarrollado los gruesos músculos que tenían los otros esclavos. Por el contrario, a los seis años lo habían arrebatado del lado de su madre y lo habían enviado a la casa principal para volverse el entretenimiento de la esposa del amo, gracias al talento que, en ese entonces, comenzaba a desarrollar.

—Corazón y pulmones bien —dijo el doctor al colocar su estetoscopio sobre el pecho de William—. Esbelto, calificado para el servicio. Inusual la falta de callos —murmuró para sí mismo al examinar sus palmas—. ¿Algún talento?

—Músico, señor —respondió William en voz baja, pero el doctor ya no estaba escuchando.